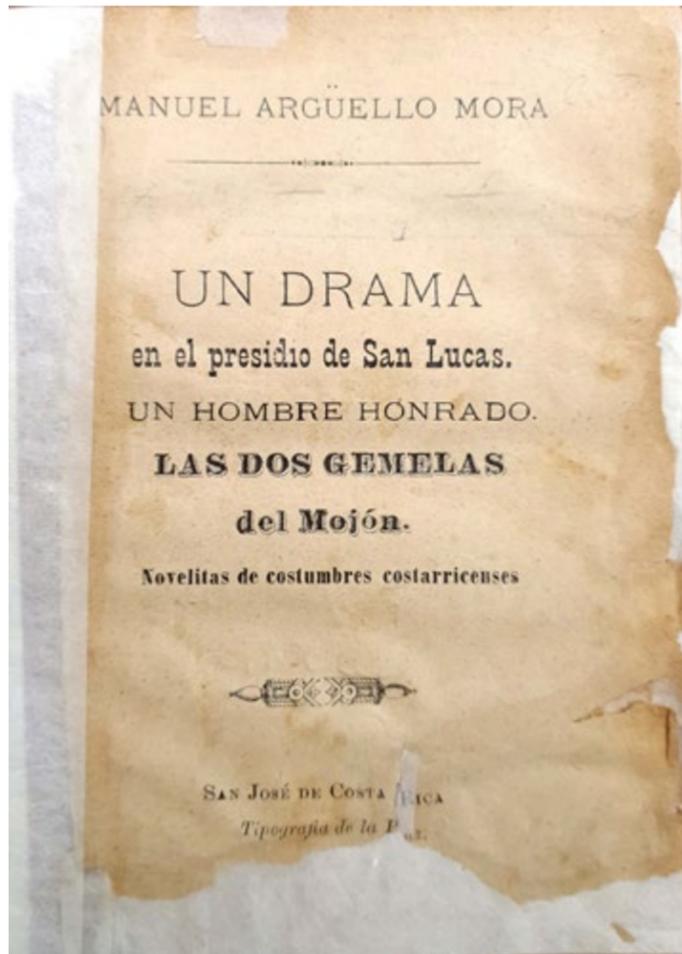


## 65 Las dos gemelas del mojón

Manuel Argüello Mora



Una cruz que abre sus solícitos brazos frente a una casita aldeana. Al fondo, un amplio corredor. Sentada en un banco de tosca hechura, una mujer cuya palidez denuncia honda melancolía. Treinta años de edad. Una angustia que parece estarla devorando desde hace un siglo.

El pequeño volumen, que no es sino un boceto de novela, describe los detalles del drama que se desarrolló en aquella casa del dolor.

Dos gemelas, Elisa y María, ambas bellas, ambas deliciosamente simpáticas. Vivieron en aquella casa solariega que hoy custodia, alerta, la pequeña cruz, pintada de negro.

La encantadora camisa de manga corta, que dejaba al descubierto dos brazos de contornos ideales, un elegante rebozo de seda de colores bien combinados, una falda ancha, de pliegues amorosamente planchados, hacía comprender que las dos bellezas pertenecían al tipo campesino, que ha tenido contacto con las gentes de la metrópoli cercana.

Un don Juan que se complacía en despertar hondas angustias de amor en las almas femeninas del barrio. Se había sentido conquistado, a la vez, por las dos hermanas gemelas en las que veía a una sola mujer reproducida en dos muy diferentes aspectos.

Y las dos hermanas igualmente locas por aquel albañil, buen mozo, moreno, de esbelta figura y de un bigote castaño que parecía de seda.

Las declaraciones que iniciaba con una de las gemelas, las concluía, a veces, con la otra sin lograr, por un momento, saber cuál de las dos deliciosas doncellas prefería. Intervino la madre. Exigió una fecha para el matrimonio. ¿Con cuál?

¿Con Elisa? ¿Con María? No lograba saber si en su corazón estaba antes ¡Elisa que María o era María la que en sus ansias adoraba!

Al azar, eligió a una. La favorecida, desde ese momento, para evitar confusiones, dispuso llevar al cuello una pequeña cinta color de cielo.

Llegó el día de la boda. Elisa escuchó, al lado de Víctor, la lectura de la ansiada epístola que, con las naturales interrupciones, le hizo el señor cura en la parroquia más cercana.

María no pudo resistir aquel golpe. En el patio, en el mismo sitio en el que hoy se levanta la humilde cruz pintada de negro, besó con toda el alma a la frente de Víctor en cuyos brazos fue recibiendo la caricia de la pálida e insensible apagadora de conciencia. Murió en el mismo instante en el que se hacía las tinieblas en el espíritu de su hermana.

María, en aquel beso de despedida, se llevó de las almas de Elisa y de Víctor, la fe y la tranquilidad.

De esa triste escena, es recuerdo silencioso la cruz solitaria que en el centro del patio, atrae constantemente las miradas perdidas de una mujer pálida y las de un obrero. Ambos con desesperación que, como el olvido, les devuelve la tranquilidad del no ser.